

# REVISTA DE DERECHO

AÑO XXVIII - JULIO - SEPTIEMBRE DE 1960 - N.º 113

DIRECTOR: MARIO CERDA M.

## CONSEJO CONSULTIVO:

HUMBERTO ENRIQUEZ FRODDEN  
ALEJANDRO VARELA SANTA MARIA  
JUAN BIANCHI BIANCHI  
QUINTILIANO MONSALVE JARA  
MARIO CERDA MEDINA  
ESTEBAN ITURRA PACHECO



ESCUELA TIPOGRAFICA SALESIANA - CONCEPCION (CHILE)

---

**MARIO OSSES SAENZ**

**Profesor Universitario. Ex docente  
de la Universidad de Concepción**

**APUNTE CRITICO AL NACIONALISMO PATRIARCAL EN  
"RAZA CHILENA", DE NICOLAS PALACIOS**

Publicado el año en que nace Neruda, este libro tan voluminoso como los Recuerdos Literarios de Lastarria se halla dividido en siete partes: Etnogenia, Orígenes de la Sangre Chilena, El Pueblo Chileno y su Lengua, Etnografía, Criminalidad, Territorio y Demografía, Desigualdad Mental de las Razas Humanas y Colonización. La seis primeras deben considerarse simple proemio de la sétima, cuyo objeto "es el de mover la opinión contra la introducción forzada de extranjeros a nuestro país".

Sin embargo de lo aseverado por Palacios, el medio millar de páginas que preceden al noble objetivo han alcanzado resonancia tal que constituyen a más de diez lustros la base de cuanto se escribe acerca de nuestros modos de ser y aparecer, que tanto preocupan a los pensadores de este territorio arcifinio, de límites violentos y hasta a menudo trágicamente naturales.

No quiere ello decir se hayan aceptado sus ideas por lo menudo, ni mucho menos, pero algunas de ellas, en ocasiones las más rotundas y arbitrarias, otras las de mayor inocencia y recato, suelen hallarse vivitas y coleando en lo mejor y peor de nuestros estudios de carácter antropológico, económico, político y social. Desde luego, nadie se atrevería a negar con inteligencia que Palacios ha dado el tono: bajo al comienzo por la modestia que im-

pone el estilo epistolar, se eleva alternativamente en la protesta, la diatriba o el ditirambo para corresponder a lo que promete denominación tan presuntuosa como es la de Raza Chilena.

Raza Chilena es entonces una epopeya que continúa a la Araucana en el plano del ensayo o análisis; de ahí que no ande tan descaminado Encina al denominarla "poema en prosa". Agregamos que de la oda o poema lírico por antonomasia tiene cierto desorden en las ideas, en cuyo tumulto entramos haciendo abstracción de repeticiones y contradicciones, a fin de establecer nítidamente las líneas esenciales.

Este "poema en prosa" pretende que el roto chileno es "araucano-gótico", y no disimula demasiado su filiación racista y nacionalista a machamartillo. Defiende, por tanto, la pureza del mestizo chileno invocando toda suerte de testimonios, desde la vacilante Etnogena a la bamboleante filología y aún el folklore y la más peregrina tradición oral.

Muchos de ellos son curiosos y simpáticos y hasta recomendables para que se les incluya en antoogías por lo edificante de su moral: ahí tenemos, de molde, el rapto que de un corneta español hace a caballo un "huentrun" o valentón mapuche que deja con palmo de narices a un destacamento y a su jefe vuelto quirquinchos... (páginas 43-48).

El mestizo chileno habría nacido de pic, contando con factores biológicos y psicológicos en extremo favorables a la unidad y estabilidad de su "raza". Son, a saber: Psicología semejante de las razas progenitoras, patriarcales ambas; mínimum de concursantes (pues serían apenas los dos indicados) y aporte de un solo elemento sexual por cada raza, varones los godos y hembras los araucanos.

Excepción de la última circunstancia la harían sólo el grupo de más de cuatrocientas mujeres rubias cogidas en la toma de Valdivia, Imperial y otras posesiones de los invasores por los Araucanos en 1599. De ellas descenderían los indios de Boroa.

Las primeras madres de la "raza chilena" habrían sido unas 500 doncellas dadas en 1541 a Valdivia por Michi-Malonco como precio de su rescate y a fin de que las destinara al oficio de "labrar y sacar oro".

Cálculos que afianza en un número de cinco mil godos llegados al país en las cinco primeras generaciones y en la poligamia a que los conquistadores se entregaron con entusiasmo propio de una "raza" patriarcal, permiten a Nicolás Palacios decidir, entonces, con énfasis que el roto chileno es araucano-gótico.

Centenares de páginas son las que se dedican a la singularización de ambos troncos que el autor presume puros a troche y moche, para lo cual pone a punto y echa a andar las máquinas de erudición anunciadas por las denominaciones de los distintos capítulos y sus glosas. El optimismo y la ingenuidad de pura ley son conmovedores y con facilidad puede suponerse el largo número de años y de vigiliass que hay en semejante labor, por mucho que en el día pudiera cualquier estudiante de humanidades enmendarle la plana consultando un tratado de historia ad usum scholarum. El librejo daría al traste con la "pureza" racial de araucanos y godos, además de la excelencia de los factores favorables a la unidad y estatabilidad de una "raza" y muchas otras arbitrariedades originadas por un concepto singularísimo de patriotismo asimilable en muchos aspectos al sustentado por el contradictorio filósofo del superhombre y sus epígonos nazis, pero no destruiría en la raíz la importancia y el interés de Raza Chilena. Analicemos su Mensaje en pos o al hilo de su resumida enunciación.

Palacios emprende la defensa y el elogio de los araucanos en vista de ciertos ataques de los Anales de la Universidad de Chile. Lo hace con indignación, porque los estima torpes, malintencionados y en extremo nocivos para la dignidad del pueblo chileno. En su afán vindicatorio, establece separaciones estrictas de orden ético entre los pehuenches, huillinchés y araucanos y protesta contra la denominación de "hordas salvajes" con que se las moteja. Aduce informaciones de cronistas esclarecidos, que van desde Mariño de Lovera y Gómez de Vidaurre hasta Ovalle y Pineda y Bascuñán. Responde a los susodichos Anales "que se han dado un trabajo de cuervos rebuscando entre cronistas e historiadores todo lo que pudiera dañar la reputación de los araucanos" (48) que, en suma, los aborígenes eran honestos y corajudos y nada debieron aprender de los españoles en el arte militar.

Los "godos" —con sus tribus de vándalos, suevos, visigodos, hérulos, jépidos, alanos, etc.— representan el tipo de la raza ger-

mana, son de las misma cepa, y el salvajismo y la brutalidad que se les atribuye en su trato con los refinados latinos debe cargarse a la bella cuenta de su integridad moral. Es ella quien se rebela contra un mundo podrido, por una causa que el estudioso sin prejuicios ha de parecerle justa y santa. Se justificarían así los zurriagazos propinados por los bárbaros a los latinos, meridionales o matriarcales: Alarico se sentía "empujado por Dios"; Filimer expulsa a las hembras corruptas del mediodía en nombre de la virtud, vocablo que tiene la misma raíz de varón y de fuerza. Lamenta Palacios que en el Instituto Nacional, donde estudiara, no se le dijeran con claridad tales cosas y se hiciera en cambio, la defensa de los maestros griegos y latinos que "antes de enseñar gramática y retórica a sus discípulos empezaban por iniciarlos en los ejercicios de que habla Petronio en su Satiricón" (página 66).

Los godos o tipo de la raza germana para Nicolás Palacios son austeros y varoniles. Desdeñan afeites, perfumes y toda suerte de afeminamientos meridionales. Enérgicos y emprendedores, llaman "lenguas sin brazos" y "adornos de bancos" a los flamantes académicos griegos y latinos que ellos dominan por firmeza de carácter. La superioridad moral pónenla de relieve hasta en la ausencia de juramentos deshonestos (que serían exclusivamente meridionales en Europa) y se objetiva en la honrosísima denominación de "hidalgo", cuya etimología cifra en "hi del got" (hijo del goso) (página 68) (?).

La disquisición filosófica de la Segunda Parte ocupa la séptima de la obra, con más de cien páginas consagradas a probar y subrayar la influencia decisiva en Chile, o mejor en los rotos, de los hábitos y modalidades sintácticos, morfológicos y fonéticos del pueblo godo.

Hay una aclaración del concepto de roto, como a continuación intenta haberla de los godos, cuyo idioma se reduce a sólo una fuente importante, el trozo de biblia traducido por Wulfila en el siglo IV.

Con energía fustiga a los presuntos aristócratas criollos, unas cinco o seis familias que mirarian en menos al resto del país, a las que se agregan cuarenta o cincuenta que constituyen el culto del apellido por el dinero: "No es que defienda el traje raído, sino simplemente tengo empeño en que no se tome el hábito por el



## APUNTE CRITICO

119

monje, porque en las categorías anteriores andan muy ufanos algunos desgraciados a quienes tiene miserablemente engañados el sastre, por lo que hay que disculparlos que no le paguen sus cuentas" (80).

Luego de saldar tan dudosa deuda de simpatía, paga la auténtica que profesa al roto de casta, contra el cual han desatado las clases dirigentes una campaña de desprestigio que no hace sino enlodarlas a ellas propias poniendo de relieve la inepticia en el ejercicio del poder.

Ahora bien, el lenguaje de estos rotos o substancia étnica de Chile, propagaría de modo inconcuso la impronta de los antepasados conquistadores, desde el triple punto de vista que señalamos. Se habría desconocido la trascendencia del influjo godo por el menosprecio que se hace, en primer lugar, de su elevado número en la Península anterior a la invasión musulmana; Palacios los estima en más de dos millones por un lapso superior a 300 años. Al arribo de los árabes, la cantidad la sube a varios millones, teniendo en cuenta que no se casaban con los iberos por prohibírselo su ley.

Después de Guadalete, (año 711), los godos rodriguistas habrían preferido el gobierno "ilustrado", progresista, justiciero", de los árabes antes que el de sus hermanos traidores y no sólo se aliaron en matrimonio con ellos, sino muchos abrazaron el islam, por lo cual debe entenderse que había godos tanto entre moros como cristianos.

La escisión de los godos habría permitido a los diplomáticos árabes dominar con habilidad en España, a pesar del exiguo número de sus compatriotas, como lo prueba el hecho de que aún en 1491 y en Granada, de los doscientos mil habitantes sólo cincuenta fueran de la tierra de Mahoma y las otras tres cuartas partes "naturales españoles y godos".

Las peculiaridades glósicas de los conquistadores se habrían mantenido de modo que "el idioma de Pedro de Valdivia hay que buscarlo en los siglos castellanos XII y XIV, y aún en los primeros documentos del romancero español" (página 121).

Son ellas las que prestarían, según el panegirista de Raza Chilena, las modalidades que persisten en el hablar del roto. Se

sintetizan en el remate de una carta que cierra el capítulo, donde las haches se aspiran a la tudesca:

"Y agora, 'on Calro' que le ai recordao el orixe' y significaico sicológico de mueh'tra 'abla, ehpero de que uhte no se abengonse en que se aiga tomao la franqueza d'ehcrebil-le l'última razón d'ehta letra en su dialecto legítimo". Un roto chileno.

Luego de establecer algunos datos antropométricos de las dos "razas" puras, superiores o patriarcales que le han costado lo suyo, tributa el homenaje de admiración a los grandes conquistadores, hombres que, con la barba sobre el hombro, pasaron por penurias y peligros inenarrables. A continuación, traza la etopeya del mestizo, no sin antes vapulear a los Anales que lo han vilipendiado y sella con la expresión de Felipe Gómez de Vidaurre: "Cuanto a las dotes del ánimo, se dicen en su sola palabra, y es que los mestizos sacaron todo lo bueno de ambas naciones" (página 284).

El roto sería el prototipo a la vez que el arquetipo del mestizo. Con bello alarde, Palacios se incluye en la categoría, y a honra.

**"El roto no es, pues, la plebe latina, el roto es una raza particular en cuerpo y alma".** (página 243). Ejemplar de naturaleza tan valiosa se da gracias a la selección guerrera que imponen los araucanos por su coraje sin restricciones, al par de las dificultades de acceso a nuestro país, todo lo cual se suma a la pobreza de un territorio cuya conquista cuesta tanto como la del resto del Continente y determina a que Chile sea llamado "cementerio de España".

Bosqueja, en seguida, algunos rasgos de psicología chilena y recuerda que "tenemos fáciles las lágrimas", lo que ha verificado como médico en la campaña del Pacífico, cuando, a los primeros cañonazos, irrumpe en el Alto de la Alianza la Canción Nacional y llora entero el regimiento. Con bello engarce abrocha la observación; "Esas lágrimas que corren silenciosas de sus ojos, son de la bestia que gime. Respetemos su llanto. Ella es mortal". (página 218).

No olvida unos cuantos mandobles para deslustrar la propaganda que se viene haciendo a majos, chulos y manolas, tipos de mentalidad y moralidad matriarcales, pertenecientes a una raza

que en la región de los Pirineos mantiene aún la femenil costumbre de la "cuvada" o comedia que hace el marido en trance de parto, y ha campeado con buen éxito por la permanencia y hasta el predominio del apellido materno en los descendientes, como lo atestiguan —entre muchos nombres célebres— los de Ovalle y Pedro de Valdivia (Ovalle era Rodríguez y Valdivia es el apellido de la abuela materna).

Fina su exaltación del roto en un paralelo que no favorece a Sancho Panza y concluye con la asimilación esencial de nuestro mestizo a la ejecutoria de don Quijote.

En Criminalidad y Moralidad levanta los cargos hechos al pueblo chileno por una estadística oficial equivocada y acaso perversa, como asimismo los que se derivan de cronistas "alharquientos", y nos ofrece una lista de altos delincuentes que exhiben apellidos latinos.

Al referirse, en cambio al vicio de la embriaguez lo explica y justifica en los ingleses, coincidentes con godos y araucanos en esta debilidad típica de "razas patriarcales".

Aboga por la justicia enérgica portaliana sin contemplaciones, una justicia pareja que no tenga oreja eximiendo a las clases todopoderosas en plena decadencia, aplicando una ley de embudo que con su mal ejemplo y sus peores resultados tiende a minar la salud física, mental y moral del roto. La protección al delincuente propicia una "selección regresiva" peligrosísima y es propia de "democracias matriarcales, socialistas e igualitarias", donde campea el feminismo, verdadero trasmutador de los valores sociales, con el correspondiente cortejo de impudicias e inmoralidades.

Si algo está mal en Chile, no es el roto, sino la clase rectora y llevan en ello, la voz cantante las mandonas por cuyo intermedio se fitran los influjos de la Iglesia y las intrigas políticas en forma de instituciones de caridad empolladoras de delincuentes y corruptelas entre los hombres de gobierno.

En la quinta parte del libro, "Territorio y Demografía", sostiene que no faltan los habitantes en el país, sino sobran. Deriva el error de los cálculos que de nuestra extensión se han hecho sin tomar en cuenta el relieve y el clima, que la reducen considerablemente. El desierto, las cordilleras y el régimen de lluvias pesan de modo fatídico sobre la capacidad agrícola. En todo caso, si



hay empeño en colonizar, debe pensarse en la solución australiana que plantea más adelante, y de ningún modo en traer razas inferiores a la nuestra, o si se prefiere, de naturaleza distinta. (Ya se sabe que esa distinta naturaleza inferior es la llamada "matriarcal" que comprende a los latinos y buena parte de los japoneses a juicio del autor, mientras insiste en que la sangre "superior" es la teutónica o ariana).

Pero mejor aún, es llevar a cabo la colonización con inmigrantes chilenos, es decir, una colonización que favorezca a los nacionales, impidiéndoles emigrar para constituirse en promotores de riquezas en el extranjero, donde revelan sin apuro sus espléndidas condiciones.

En la penúltima parte arrecian el nacionalismo y el racismo: Desigualdad Mental de las Razas Humanas. Germanos y Latinos. Lucha Sorda.

Junto con insistir en la fijeza de las modalidades psicológicas de una raza, se recuerda que lo fundamental en ella es el carácter de sus integrantes y no la inteligencia más o menos aguda que puedan ostentar. De esta manera, no le parecen dechados los japoneses, los haitianos ni los italianos.

De modo especial antójansele ridículas e ilusas las ideas de una Patria Universal o una República Cósmica, pamplinas pacifistas que tienen su origen en sentimientos de flaqueza femenina, irrefrenables como el canibalismo del alma negra que aflora en las sociedades de Haití, la prostitución con que algunas candidatas japonesas al matrimonio amasan su dote en las "casas de té", o las "maffias" de los inadaptados italianos que los norteamericanos deben combatir con tanto denuedo.

Nuestros gobernantes tendrían como delito de que los otros derivan, su escaso amor al pueblo. El desamor se manifiesta en la falta de leyes que protejan a los nacionales a fin de que los chilenos instituyan industrias y empresas comerciales que puedan competir con las extranjeras latinas establecidas en el país y derrotarlas. Proteccionismo en esencia. ¿Hasta cuándo? "Hasta que triunfen" es la única respuesta honorable y sensata.

El librecombio preconizado por Courcelle-Seneuil está muy bien para los países de economía compleja y superdesarrollada, pero para nosotros es un absurdo y un crimen. Los yanquis usaron

APUNTE CRITICO

123

"calamorros" mucho tiempo y paños de muy dudosa calidad, haciendo gala de un nacionalismo que na da tiene que ver con "esa especie de cosmopolitismo gentil como leche aguada" que zaranrea T. Roosevelt.

Los versos son ahora para los comerciantes corrompidos y corruptores y los literatos funestos de nacionalidad judía, al estilo de Carlos Marx, (?) cuyas ideas tienen el hálito de la raza "matriarcal y comunista" del autor.

El feudalismo godo y la ulterior costumbre de la casa aislada, independiente o solariega serán en cierta forma la médula de la idea de patria como hoy se entiende, patria anudada con el lazo de "la cooperación voluntaria guerrera".

Inmediatamente después de fustigar la anarquía española y de consignar la fecha del 7 de Enero de 1901 como histórica por haberse efectuado en ella la primera corrida de toros en Santiago, asaz reveladora de inmoralidad, entona el epinicio o himno triunfal de los Estados Unidos de Norte América.

"No hay allí plaza para los débiles, para los mediocres, para los incapaces" repite con Le Bon. Son únicos en el mundo. En lugar de cárceles, manicomios y otras regalías para minusdotados y anormales, fundan universidades, laboratorios, bibliotecas, escuelas. Son los superhombres, los campeones de la democracia. Hasta saben ganarse las enfermedades nerviosas correspondientes, que deben pagar como precio de su incomparable capacidad de empresa, objetivada de modo colosal en los "trust" o monopolios de auténtico cuño.

Tan extraordinarias serían las dotes de esta nueva selección intelectual dentro de la raza germánica (por lo visto asimilable siempre a la goda) que "se está produciendo una entidad étnica nueva, con signos físicos particulares" (página 306). Nuestro ensayista apunta a modo de ilustración algunas conformaciones encefálicas, para lo cual invoca a diversas autoridades (?).

En esta contienda de latinos y germanos "el mundo está quedando estrecho para la raza superior" (página 509), con el agravante de que existe la conveniencia de mantener la pureza de la casta noble porque "los retoños de la mezcla de ambas razas son híbridos mentales" (?) (507).

¿Cómo dudar entonces? Debemos elegir a los norteamericanos y favorecer su alto control en una federación de "Estados Unidos de ambas Américas, ligados unos a otros por la naturaleza, por su cuerpo, como los hermanos siameses" (página 512).

Y hay que aprestarse para una lucha constante por la nacionalidad y sus intereses, entre los cuales, por ejemplo, están los relativos a los límites de los territorios. La fórmula escueta y definitiva se da en una palabra, la que pronunció Holdich al despedirse de los representantes de Argentina y Chile luego de haber zanjado las dificultades de fronteras: Armense" (514).

Llegamos a la séptima y última parte, abriéndonos paso a machete en esta manigua de conceptos: COLONIZACION. Sin embargo de que es tan extensa como cada una de las anteriores, Palacios nos advierte, se sabe, que las demás son simple proemio de ella.

Existen ejemplos de colonización aleccionadores, a la cabeza de los cuales se encuentran el de Siberia por los rusos y Australia por los ingleses. En ambos casos, hay selección entre desposeídos de fortuna y se ha protegido a los colonos nacionales económica y espiritualmente, con implementos e instructores, por así decirlo, en casa. El régimen australiano afectaría "apariencias de socialismo".

En previsión del peligro que pueda entrañar el aserto, se apresura nuestro compatriota a declarar "que el roto no es socialista", porque el socialismo es la política del alma femenina y la democracia la del varón" (?) (661).

Tampoco habría "feminismo" sensu stricto en Australia: "El voto femenino no adhiere al masculino"; "La mujer anglosajona no comprende que pudiera alguna vez trabajar en política en contra de su esposo" (563).

Acallado su escrúpulo para tolerar doctrina a su juicio tan aberrante como el feminismo, concede algo que refuerza su defensa de la colonización inglesa: "Seguramente el voto femenino acelerará el movimiento hacia la democracia en los países de psicología patriarcal, y llevará al socialismo a los matriarcales, marcando más todavía la diferencia entre unos y otros" (Ibidem). (¿Se recuerda aquella lectura de nuestro primer texto en francés de las humanidades en que se advierte con insistencia de cierto

APUNTE CRITICO

125

animal que "es un gato, pero no es un gato" para responder a la postre que es... una "gata"?).

Algo semejante ocurre con el feminismo y el socialismo de Australia:

"No hay, pues, tal rebelión en la mujer anglosajona de Australia y su derecho electoral es sólo un expediente político, como el socialismo de estado que apareció en aquel país lo fue de colonización" (564).

Y nuevos zurriagazos a los comerciantes, para quienes carece de sentido la discriminación racial y anhelan en cambio que la mano de obra sea lo más barata posible, bregando en Australia por la inmigración de malayos o chinos, lo que saca de sus casillas a don Nicolás.

Vuelve a ellas consolado por el pensamiento de que "el obrero inglés no quiere que se acaben los ricos, sino llegar a serlo" (página 565).

Conmovido y generoso ya por la especie de antisocialismo que el propio forjara, justifica en los ingleses la dipsomanía y la imprevisión. La borrachera es distintivo de razas superiores, que nada tienen que ocultar, y el derroche arguye "confianza en sí mismo", en cambio, "los pueblos meridionales europeos no tienen base para que se propague la bebida con ese pretexto", y a continuación una socarronería que acepta como prueba de rumbo sajona irrefrenable: "cuando un literato inglés tiene que poner en escena a un avaro, lo toma de otra raza" (568).

Hasta los privilegios que se fundan en las diferencias de clases sociales en Inglaterra lo encuentran de su parte, porque, a diferencia de los aristócratas criollos, "con los honores, los nobles aceptan sus cargas" (574).

Prosigue sus arremetidas contra las "razas matriarcales", asegurando que no tienen ellas tan desarrollado el sentimiento de la propiedad individual como las patriarcales, debido a que conservan "siempre un fondo racial comunista" (página 570). Al pronunciarse por la colonización a la australiana, lamenta que entre nosotros no haya alcanzado el eco que se merece, y lo atribuye al influjo de la superficialidad latina: "Sólo nosotros no hemos podido sacar enseñanza alguna de ese hecho que se ha verificado al frente de nuestro país, océano por medio. En cambio, estamos al



corriente hasta de las cornadas que recibió el torero Lagartijo, y de cuanto chanchullo y peculado se cometa por los que gobiernan los países latinos, tal vez para que veamos que por allá también se cuecen habas" (página 672).

Y comienza la tragedia de la colonización nacional.

La primera ley de colonización lleva la firma de Errázuriz, en 1824; la segunda, de Bulnes, en 1845. En 1851 la ley faculta al Presidente de la República para establecer colonias de naturales extranjeros con los terrenos baldíos del Estado.

Vigentes estas disposiciones, empezó la colonización feliz de Valdivia y Llanquihue por alemanes, cuyo único error —apunta con facilidad Palacios— fue no haber interpuesto familias chilenas.

En 1868 se dicta la primera ley de colonización nacional para poblar terrenos conquistados en Angol, Nacimiento, Huequén y otras partes con el objeto de "favorecer a los labradores pobres e incrementar con ellos la población de la frontera".

Fracasan los intentos, porque de las 60 familias reclutadas en Valparaíso y Perú, sólo 11 son de agricultores.

El reparto de tierras en Arauco continúa hasta 1871 con unas 367 hijuelas.

Como los agraciados no son agricultores y se olvidó darles la instrucción que en casos similares se otorga en Australia, venden sus contratos a especuladores que se valen de palos blancos, a la manera de los squatters de aquel país.

Los fracasos de los dirigentes se achacan entonces a los colonos nacionales y son cacareados a los cuatro vientos.

Comienza así la escandalosa era de los remates fiscales, procedimiento exclusivo de Chile, que da origen a los más inconcebibles abusos: despojo de tierras a sus cultivadores, instalación de medieros explotados, emigraciones, bandidaje.

Son inútiles las protestas contra el sistema ignominioso, aún las enérgicas de Isidoro Errázuriz, desde 1887. Los malestares son acallados por la concentración de voluntades y unión de fuerzas que requiere la Guerra del Pacífico.

En 1882 el gobierno adquiere grandes extensiones en la Araucanía y empieza la colonización sistemática por extranjeros, alentado por el buen éxito de los alemanes en Valdivia y Llanqui-



húe y —sobre todo— por el perfecto divorcio con que se mantiene de los intereses del pueblo.

La Sociedad de Fomento Fabril, creada en 1883, llega a convertirse en cumplida agencia de inmigración, so capa de procurar-se una necesaria mano de obra extranjera. No sólo descuida con ello la función fundamental para que fue constituida, el desarrollo poderoso de la industria, sino a su amparo ingresan al país personas que carecen de la solvencia requerida, como es el caso curiosísimo de las cincuenta familias cuya inmigración se aprueba para que se dediquen a plantar "ají pimentón" (665).

Sin embargo, la Sociedad de Fomento Fabril está llena de excelentes propósitos, y si no ha podido realizarlos se debe al mero carácter consultivo de que por desgracia ha sido dotada. (Lo que nos hace recordar en nuestros días a la Superintendencia de Educación).

Admira a Palacios que no hayan colonizado con chilenos Pascua y Juan Fernández. En Más afuera, es cierto, hay una reducida fábrica de conservas, pero sus empresarios, pescadores y mayoría de jornaleros son extranjeros.

¿Por qué no se ha instruido a los nacionales en la pesca?

Cita el estudio del Capitán Artigas sobre la necesidad y manera de incrementarla por chilenos poniendo coto al nefasto sistema de arrendamiento de la Isla y concluye con sardonía: "las frases enérgicas con que el autor condena el sistema de arriendo no cayeron en el vacío: el gobierno arrendó Juan Fernández a dos sobrinos de sus tíos, los cuales se han apoderado de todo lo que no estaba. bajo título, entregado a los colonos" (p. 630-1).

Las islas alejadas de la costa deben estar a cargo de la Armada, y hay que proteger a los colonos chilenos mientras se inician, sobre todo en el territorio austral. Tenemos que aprender a defender el territorio patrio "de conquista pacífica, intentada por Europa con la complicidad de malos chilenos" (p. 628).

Los que, fuera del país, leen documentos como la Memoria de Relaciones de 1902 en que se hace gala del desplazamiento de nacionales por extranjeros "deben haber creído que Chile está dirigido por dementes" (p. 661).

Durante 24 años los "tiburones de tierras" impidieron la ley de Colonización Nacional, que al fin se promulga el 19 de Enero de

1899. Pero no ha de ir más allá del papel, porque el todopoderosísimo Señor Inspector de Tierras y Colonización le pone la proa y a velas desplegadas.

El relato de la tramitación raya en lo asombroso. El proceso de Kafka es tortuga con reumatismo y pichón implume frente a la diligencia sádica de este nuevo Javert que cae implacable sobre los modestos agricultores chilenos, más desgraciados infinitamente que Jean Valjean, porque deben expatriarse con las familias para comer su pan doloroso, después de haber golpeado a todas las conciencias de los oligarcas empedernidos.

Son estas alturas vertiginosas de emotividad.

Abreviémoslas.

A mediados del año 1903 llegan en apreciable cantidad los boers (o que se tenían por tales), los italianos y los canarios que el Gobierno establecerá en el Sur, desalojando a los nacionales poseedores de la tierra.

Toda súplica para impedir la monstruosidad es desoída.

Históricas —para historia grande que sólo cabe en el milagro de la menuda literatura— son las circulares de la Municipalidad de nuestro pueblo, Temuco, a las otras Municipalidades de la zona y el Memorial que elevan las sociedades de obreros y artesanos al Ministro de Colonización.

Se agradece por anticipado al Señor Ministro desde Pitruquén, Temuco, Imperial. No pueden dudar del buen éxito de los oficios de tan alta autoridad, no logran comprender que el gobierno los desplace para colocar a gentes extrañas, y en esos mismos instantes, sin embargo, son desalojados los compatriotas entre Lumaco y Purén para instalar a los italianos que constituyen la colonia del Capitán Pastene.

La Sesión del Comité de Emigración de Temuco, publicada el 9 de Octubre de 1903 supera con sublimidad sencilla a toda retórica. Dice un asambleísta: "Así, es mejor huir de donde se nos pretende arrojar con vientos frescos; busquemos refugio en otros lugares que nos sean más saludables, y si después deseamos volver al seno de la querida patria, ya sabemos: seamos chinos antes que chilenos, y entonces el gobierno de Chile entenderá que somos personas decentes y que se nos debe atender con toda clase de con-

APUNTE CRITICO

129

sideraciones, y que bien vale la pena quitarle sus posesiones a los rotos para instalarnos cómodamente a nosotros.

Con que, compañeros, a la Argentina, al Brasil, al Africa o a cualquier otra parte ya que aquí no se nos necesita por hoy, salvo el caso de que mañana se nos coloque un rifle al brazo para servir a nuestra única misión de chilenos pobres".

Y se fueron a la Argentina. A Neuquén. Se fueron en grupos, de a pocos, atravesando un boquete que les abrió la generosidad transcordillerana casi clandestinamente, porque nuestro Gobierno extendió la preocupación por sus hijos hasta dificultarles el éxodo.

No hay necesidad de recurrir a la epopeya clásica para magnificar la tristeza de la evocación.

Apartamos "infandum regina jubes renovare dolorem" con que relata Eneas a Dido la caída de Troya, porque peleando cayó y en ello tiene su consuelo. ¿Para qué presentamos a Virgilio si la vibración del drama es insuperable en el poeta de esas tierras, Augusto Winter, señor espiritual del Budi en las proximidades de Nueva Imperial y Puerto Saavedra? La Fuga de los Cisnes parece una alegoría y basta con reemplazar el nombre de las aves aristocráticas por el también infausto de los colonos nacionales:

Al fin cansados los pobres cisnes de andar huyendo,  
se reunieron en una triste tarde otoñal,  
en la ensenada donde solían dormirse oyendo  
la cantinela de los suspiros del totoral.

Y allí acordaron que era prudente tender el vuelo  
hacia los sitios desconocidos del invasor:  
yendo muy lejos, tal vez hallaran bajo otro cielo  
lagos ocultos bajo un misterio más protector.

Y la bandada gimió de pena sitiando acaso  
tantos amores, tantos recuerdos dejar en pos...  
Batieron alas, vibró en el aire fru-fru de raso  
que parecía que era un sollozo de triste adiós.

Los diarios del Sur van refiriendo el éxodo. He aquí una lista de El Malleco de Victoria, elocuente como los que más: "Han trasmontado los Andes las familias de José Oliva, compuesta de diez

hombres y dos mujeres; la de Delfín Palacios, con ocho varones y dos mujeres; la de Silverio Jara, con ocho hombres y cinco mujeres, y la de Pedro María Melo, con cuatro hombres y dos niñas".

¿Dónde se daría cuenta de la familia Belmar? Al año siguiente en 1904, nace Daniel, el autor de Coirón, una de las obras más hermosas y sentidas de la literatura hispanoamericana escrita por un chileno arrojado de su país al Neuquén, la "tierra de los horizontes sumergidos", como la ha llamado este auténtico cisne de la casta de Andersen.

Si alguien quiere explicarse el crimen de lesa patriotismo, la respuesta se halla en las postreras líneas de Raza Chilena: **venalidad, venalidad espantosa que está perturbando el funcionamiento hasta del último resorte administrativo"** (p. 737). Y como remate agudísimo: **"Hay falta de selección moral por falta de sanción penal en la clase superior, imposibilidad de que el país aproveche de las superiores aptitudes de todos sus ciudadanos a causa de las barreras puestas por la oligarquía aristocrática gobernante. Falta de selección para manejar la riqueza"**.

Portales ya lo había expresado rudamente en su carta del 10 de Diciembre de 1831 a don Antonio Garfias, famosa carta que por su coprolalia no podemos reproducir íntegra: "Las familias de rango de la capital, todas jodidas, beatas y malas, obran con un peso enorme para la buena marcha de la administración". Casi un siglo más tarde no se desprende un dictamen más favorable de la tesis que esgrime el autor de "La Fronda aristocrática" (1928) y el remache lo pone con definitivo énfasis en "Nosotros, los de las Américas" (1950) Carlos Dávila al concluir que la diferencia entre hispanoamericanos y anglosajones no es cuestión de "razas", regímenes políticos o medios geográficos, sino asunto decidido por nuestro individualismo "vigoroso y andrajoso" determinado en forma fundamental por la inepticia sistemática y persistente de muchos hombres de gobierno.

---

Es evidente que buena parte de las ideas de don Nicolás Palacios no resisten el envión crítico responsable, por mucha que



sea la simpatía del autor y la belleza de su causa, y aunque procedamos con parsimonia, limitándonos a las esencias estrictas.

Nos excusamos de hacer concesiones, porque somos de los que prefieren la verdad a Platón.

¿Se sabe siquiera lo que sea una raza? Tratándose de vertebrados inferiores, claro que sí. La polarización de las capacidades por adiestramientos que logran hacerse hereditarios sin duda sobre la base en lo más acusado de mutaciones bruscas a lo De Vries tipifica a los ejemplares de modo que se distinguirá sin mayor trabajo entre un perro de caza y otro de presa. En cualquier achaque, las excelencias son breves y precisas, en tanto las limitaciones, incapacidad y deficiencias no siempre son para contadas.

Lo que se exige en los animales domésticos es alguna habilidad o un producto, en todo caso un rendimiento que se obtiene por selección artificial basada en la naturaleza. Fijados ciertos caracteres por medio de la herencia física, se determinan también otros mentales que necesariamente los acompañan de suerte más o menos simple y elemental. En sentido restringido y con todo el beneficio de inventario imaginable, diríamos que desempeñan el papel de cierta inteligencia, aunque sería preferible la antigua denominación del estagirita de "bien particular". De tal suerte, la inteligencia o bien particular de una vaca holandesa, por ejemplo, sería dar la cantidad de leche más grande posible y la del caballo de carrera, su mayor velocidad.

No resulta fácil aplicar nociones tan sumarias al hombre. Hace siglos que la biología y la psicología han venido pujando por llegar a clasificaciones, no digamos de los pueblos para agruparlos en razas, sino de los individuos en general para reducirlos a tipos, y desde Hipócrates a los caracterólogos no es mucho lo que se ha adelantado. En el fondo, de alguna manera ha persistido la antigua teoría de los temperamentos y sus humores, y así lo prueba el hablar habitual que aun distingue entre sanguíneos, melancólicos, flemáticos y coléricos. Un paso más y se aplica a los pueblos el cartabón de los individuos, según predomine en éstos alguna de las categorías señaladas. De la tipología individual o caracterología se pasa a la psicología étnica. Por ese camino ¿quién duda convenga a los franceses —pongamos por caso— el dictado de



sanguíneos, el de flemáticos a los ingleses y coléricos a los españoles?

Las caracterologías que van abriéndose paso reemplazan sólo las denominaciones y no hay para que insistamos en ello, pero no está demás recordar que una anda ya casi en boca del vulgo: la de Jung, que distingue los introvertidos de los extrvertidos, de acuerdo con el predominio de la vida interior o la de relaciones que la conducta del ser humano acuse.

Haciendo pie de peculiaridades muy generales y abstractas, (y no obstante muy relativas y discutibles), se han escrito ensayos sobre pueblos y aún sobre diferencias de sexo, como el de Madariaga "Ingleses, Franceses y Españoles" y el de Weininger "Sexo y Carácter" o los de Simmel sobre la moda.

Pero sentar la expresión Raza Chilena, es fuerte. Ensáyense otras similares: Raza Argentina, Uruguaya, etc. O bien Raza Rusa, Alemana, Norteamericana.

¿Se percibe la desproporción descomunal de los términos?

Cuando se distinguen entre razas amarillas, blancas y otros colores el asunto exhibe su sello animal mundo y es posible tragar a título de ciencia provisoria lo que parece aún no lograr constituirse en ciencia cierta. Y si por algunos se ha pretendido que el color de la piel y la estructura anatómica, con la lisura o el enortijamiento del pelo son índice de superioridad mental y moral, semejantes afirmaciones no pasan en rigor de conjeturas con cierto carácter mágico o primitivo. En ninguna eventualidad, no obstante, podrían aceptarse tan peregrinas fábulas como absolutas, porque no escapa al ojo que un pueblo logrará sobresalir en ciertos aspectos y en otros los superarán, del mismo jaez que sujetos todos a evolución tendrán siempre los más civilizados en calidad de reserva a los montaraces, que son la ulterior levadura de todo progreso. ¿No ha probado la historia —corta aún e insignificante como es— que la cultura prospera en los terrenos vírgenes donde prende la semilla de los decadentes? ¿No podríamos establecer ciclos que aclaren el pensamiento recordando a griegos y romanos, españoles y franceses, anglosajones y rusos y pronto quizá los chilenos? El abanico se abrió desde oriente y tiende a cerrarse, según se ve o si se quiere. ¿La razón? Los antropólogos dicen que los

## APUNTE CRITICO

133

pueblos fuertes son los que preservan su sistema nervioso y duermen bien, es decir, los pueblos apegados a la tierra, que de ella adquieren su energía vital, al estilo del Anteo mítico.

Ni se habrá olvidado la profecía de Espronceda:

“¡Hurra, cosacos, hijos del desierto,  
suelta la rienda, a combatir volad!  
¿Véis esas tierras fértiles? Las puebla  
gente cobarde afeminada ya”.

Pero si la noción de “raza” tiende por su inconsistencia a ceder a la de pueblo trantándose de la especie humana, también las de “pureza y superioridad raciales” se hallan en bancarrota, sobre todo después de la última guerra.

En una palabra, si no fuera erróneo como lo es con impulso, que el “roto” descende exclusivamente de godos y araucanos, nada se ganaría con ello. Por el contrario, hay una tendencia a admitir que las culturas se gestan por la heterogeneidad de los cruzamientos físicos y mentales, y suelen citarse como testimonios los que constituyen los países “encrucijadas” a la manera que lo han sido España, Francia y Norteamérica. Y ahora Rusia, con sus colosales integraciones spútnicas y gagarínicas.

De todos modos, y aún en el mejor de los trances, la hipótesis en extremo simplista y arbitraria de don Nicolás es refutada por la historia del día: picunches y huilliches habitantes del valle longitudinal fueron sometidos por los mapuches y se **mesclaron** con ellos. Agréguese los pehuenches y los puelches, moradores de las regiones andinas en la completación del cuadro de que sólo quedarían excluidos, para los efectos de su influjo en el origen del pueblo chileno, los tehuelches o patagones.

Ahora bien, los mencionados pueblos estarían comprendidos en la cultura chincha chilena, como se denomina a la que atacameños y diaguitas sustentaron bajo el influjo de las civilizaciones boliviana de Tiahuanaco y peruana de Chincha, anteriores a la de los incas.

Es lo que se enseña hoy en los primeros cursos de humanidades basándose en los testimonios concretos de agricultura, gana-

dería, alfarería, lenguaje, etc., etc., que don Nicolás no pudo conocer a la sazón, o que hubiera desconocido bonitamente por hallarse obsesionado con prejuicios de la "pureza" racial. Tampoco debe criticársele demasiado por la expresión "sangre" en lugar de gen, como el aparente desconocimiento del relativismo de la herencia, a pesar de que se trata de un médico.

Claro que la sangre cuenta entre los factores hereditarios más calificados en la hora y su determinación en grupos significa características fijas en el individuo humano, al extremo de que se pueden establecer porcentajes de ellos como los que cita Rostand, por ejemplo en Francia: 43% de O, 42% de A, 11% de B y 3% de AB. Pero aunque se sabe de la variación de estos porcentajes de acuerdo con las "razas" (que nosotros preferimos reemplazar por "pueblos"), la sangre tiene el carácter de "herencia simple", depende de un solo gen cromosómico, y en definitiva, ni siquiera puede dar luces claras sobre la paternidad. El mismo sistema Rhesus que es diferenciación hereditaria y nos amonesta sobre el peligro de algunos acoplamientos por la incompatibilidad sanguínea de los cónyuges (Rh negativos y positivos) deriva también de un solo gen, de modo que al 85 % de Rh positivos asignados a los habitantes de Europa nada expresaría tampoco respecto a presuntas cualidades "raciales". Lo que no deja de estar mejor para nuestro ensayista, porque de no ser así este único factor diera al traste con todo nacionalismo.

Ni aún forcejeando mucho podrían echarse en saco roto, además, las diferentes clases de herencia y sus limitaciones más o menos aleatorias, determinadas a menudo por factores arcanos e imponderables que ponen en juego la biología o ciencia de la vida y la ecología o disciplina que estudia al ser con relación a su medio que va creciendo hasta lo inconmensurable y aún lo inconcebible por el ámbito que crea la técnica de especiales investigaciones.

¡Cuán avasalladoramente arbitrario es nuestro apasionado! ¿No se recuerda que hasta considera expresión de fuerza la fecundidad de los pueblos, sin percatarse de que semejante afirmación favorecería a los que impugna en primer lugar, como italianos y japoneses? ¿No es hecho inconcuso, y así se reconoce entre otros economistas por el chileno Aníbal Pinto en su "Hacia Nues-

APUNTE CRITICO

135

tra Independencia Económica", que "los países atrasados tienen mayor natalidad"?

No se determinan ni con remota aproximación los conceptos de herencia específica, racial e individual, como tampoco se delimitan —según se ha insinuado— el campo en que ella confina con las dos grandes energías que la moldean: suelo y destino, geografía e historia, en una palabra cuanto física y espiritualmente constituye la sustancia de la "nurtura" o medio frente a la "natura" o herencia en lenguaje de ciertos anglosajones carísimos a nuestro don Nicolás.

Lo que parece demasiado son los recortes de la avenida de pueblos que se entremezclaron en la península durante siglos antes de que los conquistadores nos aportaran sus genes de sobrecohedora complejidad. El autor de Raza Chilena es hombre de empedernidos principios y su mentalidad se inclina al tipo deductivo inconvencible. Donde hay centenares de pueblos, no ve más que "godos". Confiesa en la página 521: "Yo no puedo prescindir de las razas y su espíritu cuando estoy en presencia de una manifestación mental o moral de alguna importancia".

Lo cual debe entenderse más o menos así: No puedo prescindir de prejuicios raciales que me sirven en la edificación de una teoría para expresar los hechos a mi entero arbitrio.

No nos admira semejante conducta en un descendiente de españoles. Simplemente está de acuerdo con la carta foral que según Ganivet constituye la aspiración más cara de sus antepasados patriarcales en la parte que diga: "este español puede hacer cuanto le dé la gana...".

Por muy simpático que nos parezca el designio, no lo dejaremos pasar en blanco sin insinuar una media docena de inconsecuencias y contradicciones de las sobradas que importa y reputamos fundamentales para disminuir la seriedad de Raza Chilena en el terreno de alta categoría que todo ensayo exige. Hélas a vuelapluma:

La decantada pureza racial sufre restricción severísima cuando se admite que después de Guadalete los partidarios del rey don Rodrigo comenzaron a unirse en matrimonio con los conquistadores árabes, al paso que se reconoce la infiltración goda a gra-



nel y voleo en las regiones meridionales de Europa, que desde el siglo V adelante se halla infestada de bárbaros.

Si los rodriguistas prefirieron el gobierno de los árabes al de los compatriotas traidores que habían llamado a los súbditos de la media luna para combatirlos ¿no es ello prueba de que también se cocían habas entre los godos y que su entereza moral no se compadece de manera tan ceñida con los encarecimientos de don Nicolás Palacios? ¿Dónde queda la solidaridad guerrera de los nobilísimos hidalgos? ¿Dónde la conciencia de "raza" y de su pureza mantenida según el ensayista hasta nuestros conquistadores?

¿Dónde asimismo la presunta superioridad del carácter en el retrato de los caballeros ociosos, flojos y sin blanca cuyo arquetipo sería el escudero del Lazarillo de Tormes? Los tales aguardan puestos solicitados con memoriales intermitentes a autoridades que se los confieren de favor y como de limosna, según sabemos con vergüenza y piedad dolorosamente por las vanas solicitudes del Manco de Lepanto, o se atenían a un matrimonio que les pudiera dorar los enmohecidos blasones.

Tan lamentable conducta es meritoria para don Nicolás y la estima muy compatible con las ideas de patriarcado que se le meten y nos quiere meter en los cascos. En perjuicio de la por él admitida alianza entre godos y moros, aporta un dato de investigación personal para explicarse la fisonomía de algunos retratos en que los godos ostentan cabello negro y mostachos caídos y lisos como él: atribuye los caracteres mencionados a origen ostrogótico. ¿Se ven con pelos y lanas la falta de vocación para apreciar ciertas realidades inmediatas y concretas, y el quijotesco empeño en buscar pan de trastrigo cuando se trata de asuntos de caballerías. Porque ¿no lo son acaso las ejecutorias?

Primero, no duda de que los retratos correspondan a godos, habida consideración de que godo es para él cuanto merece serlo: Cervantes, Ercilla, Valdivia, etc., etc. Segundo, hace abstracción absoluta de la contundencia de rasgos árabes, quizá por prejuicios étnicos que no confiesa, y aun sin quizá, no obstante haber reconocido que en la conquista de España no eran ellos precisamente los salvajes...

Con respecto a la falta de coraje de los latinos, sostiene que fueron suplantados en los enrolamientos a causa de que su "espi-



ritu viril había pasado a la historia", con lo cual reconoce que no dejaron de tenerlo, ¡y cómo! No se le ocurre ni con mucho, eso sí, que los godos también pueden atenuarlo o perderlo (siempre que se admita ausencia de virilidad en escurrir el bulto a los enrolamientos) Ortega ha expresado —creemos que en Teoría de Andalucía— algo así como que la bella región habría sido conquistada setecientas veces y otras tantas habría ella conquistado a sus conquistadores. ¿Qué no pudiera predicarse en semejante brecha de los latinos?

¿Quién sino don Nicolás pudiera negar la transformación de los ideales y por tanto de la conducta de los pueblos, que no en las "razas", insistimos, por el tono esotérico y mágico que el vocablo cobra a poco que se le profundice o no se le profundice?

Todos los pueblos han tenido su cenit guerrero instados por las necesidades o conducidos por una educación refleja o sistemática, espontánea o reflexiva, de imitación u original, pero educación siempre. La guerra del 70, se ha gritado, la ganaron los alemanes gracias a sus profesores, que le sacaron partido y aún entero sin duda a las formidables palizas que semejantes "godos" padecieron a manos del corso "matriarcal". Los descendientes de los soldados que derrotara Napoleón se "educaron" militarmente.

Otra vuelta por los fueros militaristas la ha constituido en nuestras narices el fascismo, con que Mussolini intentó revivir el alma de las gloriosas legiones que se pasearon por el mundo al estilo de los actuales ejércitos norteamericanos.

Don Nicolás confunde al guerrero con el militar. Este abraza la profesión civilizada, científica y consciente del primero, que constituye su base y se halla en el fondo de todo ser humano con relativa dignidad.

Por último, citemos la contradicción de hecho en que cae cuando suscribe con acierto el juicio de los etnógrafos y mejor todavía del sentido común, en orden a que debe mirarse con desconfianza el idioma hablado por un hombre o un pueblo como testimonio científico. En buen romance, la lengua no es prueba racial. ¿Para qué entonces nos hace sudar el hopo con las sesudas disquisiciones sobre la fonética, morfología y sintaxis de nuestros rotos, influidas, según él, por los manes que le son tan gratos?

De otro ángulo ¿para qué preocuparse con tanto fervor de una lengua que como la castellana no goza de sus simpatías, toda vez que con el francés e italiano que se enseñan en el país serían causantes del atraso en que nos encontramos? A nuestro idioma se debería asimismo el error de considerarnos latinos "y por consiguiente destinados a pasar por la servidumbre de razas superiores antes de desaparecer definitivamente de la faz del planeta" (180).

Y para que no se diga le ha quedado la cola sin desollar: "Es una ilusión tan manifiesta creer que París siga siendo el cerebro del mundo, como imaginarse que Roma es aún su señora. La sede del saber y del mando han cambiado de sitio y de raza" (Ibidem).

Pasamos la esponja y corregimos.

El sitio en que asienta el saber es el de las gentes que lo cultivan, en cualquier parte del mundo: hasta hoy no se ha pretendido ni mucho menos se ha conseguido su estanco, pero eso de la ilusión del mando no conseguimos entenderlo tampoco, sino al diapasón huero que le han dado en el día las corrientes llamadas totalitarias.

Lo que sí es un acierto a todas luces y aún a oscuras, como solemos afianzar, son las impugnaciones nada suaves al disparatado lema académico "Limpia, fija y da esplendor". No le van en zaga las que endereza al elogio de la sonoridad, la misma que deleita a Mora y a Lastarria y que a don Nicolás y a nosotros nos parece atributo campanudo. Mucho antes de admirarse debe desecharse. Además de lo cual, en los aspectos sintácticos y morfológico conviene proceder a una ventilación no inferior a la del fonético: hay que podar no sólo el árbol frondoso de la poesía castellana —como lo manifiesta Machado— sino el frondoso árbol en que esa poesía se escribe y se piensa. Pero esa poda es actitud que debemos asumir escritores y hablistas, porque todo idioma depende del que lo maneje y prestigie.

Del mismo temple, la significación de los vocablos se alimenta de aquello que en psicología lozana se llama intencionalidad. Hay que romper el hueso de la apariencia para sorber la médula esencial, y así no coincidimos con don Nicolás y otros latinóforos en el dictamen de inmoralidad o impudicia atribuida a los meridionales por el empleo de expresiones obscenas.

Conviene al efecto darse una vuelta por la etimología y la semántica.

Obsceno es lo que se pone en escena. Tradúzcase: lo peliagudo que puede exhibirse ante un público capaz no sólo de presenciarse y salir de la prueba con la salud moral indemne, sino fortalecida. A eso llegaron los griegos en el milagro de una cultura abonada por la tolerancia y el coraje colmados de inteligencia, que es raíz y copa de moral.

Recordemos de una plumada la pieza Lisístrata de Aristófanes: La heroína concita a las mujeres a que se abstengan de ceder ante los requerimientos de los maridos mientras no depongan las armas y sea realidad la paz entre Esparta y Atenas.

Las escenas son atrevidas, pero nunca voluptuosas, ni mucho menos sicalípticas o pornográficas. Son caricaturas vigorosas de humor o espuelas con que el criterio nos pone al paso de la templanza. Los falos y las morisquetas de los protagonistas no son parte a provocar rijosidad en los espectadores cuyas energías les alcanza a duras penas para alimentar las carcajadas.

Donde un tonto grave recurre a la metafísica fría, el griego genial recurre al arte cálido con la libertad absoluta de sus expedientes para obtener con la sátira un efecto que ostenta por toda eternidad el espaldarazo del clasicismo.

El psicoanálisis da la razón y aún la sinrazón a este procedimiento de purga o catarsis a que las gentes se entregan por medio de las licencias expresivas. No de otro modo ocurre con los dichos "obscenos", cuya gama en el orden es inagotable entre meridionales. Como "el blanco y carmín de doña Elvira le demanda su dinero", buena imaginación les cuesta. Pero repárese al juzgarlos en que los vocablos han perdido su acepción grosera, directa y primitiva, han pasado a ser "palabras herramientas" (mots outils), son el cristal en que se refracta la luz de una verdad útil y sabrosa, y hasta a menudo trascendente como la dignidad de la paz en Lisístrata, y quien se golpee contra su rudeza material por vitandos prejuicios étnicos no se romperá la dentadura, pero sí las entendederas.

Nos detenemos en esta y otras consideraciones, porque hace tiempo venimos observando cómo no se apechuga con la pepitoria de Raza Chilena según es debido, y algunos que lo han inten-

tado parecen sufrir dispepsia mental que les impide asimilar un guiso demasiado grueso.

Interesante son las consideraciones sobre Moral y Criminalidad, y no estamos a un jeme de aprobarlas en cuanto a la honestidad enérgica de la intención que las preside y aún excusa la habitual rigidez de nuestro ensayista.

Se advierte en ellas el pulso de Nietzsche cuando se pronuncia por la protección al bien dotado y pulveriza la mojigatería inspirada en un falso concepto de caridad, término que se asimila torcidamente a limosna y no a amor, como corresponde.

Lo que no satisface ni parece justo ni científico —aunque sí muy de acuerdo con la sistemática prevención antilatina de don Nicolás— es echarle el muerto a las presuntas "razas matriarcales" achacándoles en carácter de propia la costumbre de provocar la "regresión selectiva" por la protección al delincuente.

Es demasiado.

¿Qué pensaría de las actuales cárceles escuelas de readaptación y hospitales norteamericanos o patriarcales de nota en el ánimo de don Nicolás?

¿Cómo el médico no sólo deja de subrayar el aspecto morboso de toda delincuencia, sino acaso ni repara en él y junto con pasarle por alto exige un castigo con todas las características de vindicta social que así parece y aparece sádico e irresponsable?

No le hubiera estado mal asimilarse algunos conceptos del Diccionario del Entrometido, escrito ya hacia medio siglo por su gran compatriota Pérez Rosales. En las palabras Castigos y Crimen Político y Crimen Común se expresa que si la pena, por desgracia, es necesaria, como en verdad lo sea tal vez, hay que aplicarla oportunamente.

Esto se consigue mediante la celeridad o menor tiempo entre ella y el delito cometido, sin eximir al que se denomina criminal político, más nefasto que otro cualquiera, en su opinión, porque de sus fechorías resulta un número mucho mayor de damnificados.

Otrosí, el criminal político cuenta por lo común entre los privilegiados que desazonan con justicia a don Nicolás, cuyo parece el epifonema de Pérez Rosales "¡Sólo el crimen del humilde se castiga, y es tanto más tolerado el delito cuanto más poderoso es aquél que lo cometel".



Ni le va en zaga el casticismo autor del Diccionario al tonante de Raza Chilena cuando justifica la pena de muerte, y entonces se asimilan los estilos hasta casi la identificación. Escribe el primero como lo hubiera hecho el segundo.

"¿Qué supone un asesinato castigado a lo chileno? Un hombre honrado de menos en la sociedad, un bribón más que mantener a costa del Estado y un asesino acechando desde las rejas de su jaula el momento de verse libre para lanzarse más diestro que antes en el sendero del crimen".

Juicios corroborados ya por más de un siglo. Y si tanto al especulativo don Nicolás cuanto al práctico don Vicente, les faltara estopa para inflamarles la indignación, ahí está la que en 1846 aportan las Memorias de la Casa Muerta, fruto de un hombre genial que experimentara los llamados "rigores" de la prisión. Como siempre, Dostoyewsky cala hasta el hueso, y allí nos asevera lo que cualquier caracterología tendría que suscribir: las cárceles no sólo son el paraíso de ciertos temperamentos perversos y masoquistas, sino hasta a menudo llegan a serlo para quienquiera trueque su primera naturaleza por la segunda que constituye la habituación.

El antifeminismo de nuestro nacionalista, también de alcurnia nietzscheana, se condensa en la expresión que sirve de norte a Zarathustra: "¿Vas con las mujeres? No olvides el látigo". Calza a maravilla con el patriarcalismo que sirve de sustentáculo a Raza Chilena. Sólo que también hubiera de modificarlo en la hora que vivimos don Nicolás por la fuerza de los acontecimientos.

Veamos, si no.

En un estudio sobre la obra de Pearl Buck, Flor Escondida, escribimos que en el fondo ella nos planteaba el conflicto entre dos culturas: la japonesa, de sesgo más bien patriarcal y la norteamericana, de matriarcal inclinación. Al revés de lo que pudiera haber esperado nuestro ensayista, el mensaje nos indica la superioridad y el influjo de los hechos y el derecho —si cabe— de la última sobre la primera. Vale decir: la tónica de la sociedad yanqui la dan sus mujeres. ¡Qué refutación para las doctrinas de don Nicolás, salvo que —como en el juego de los dados— sea lícito pedir por abajo!



Claro está que las mujeres en una sociedad de este tipo —mientras no se fragüe nombre menos inadecuado— actúan de modo indirecto, haciendo que los varones hagan. Lo mejor que logran hacer es que sean lo más varones posibles, cosa que sólo ellas pueden conseguir. Divino papel causativo: determinan con su presencia y su conducta a la acción, inspirándola como ese Dios de Aristóteles, que por simpatía necesaria atrae a su mundo.

Extraño que don Nicolás, tan partidario y aún enterario de la virilidad o machedumbre, no se percatara de hecho tan sencillo y aún de su opuesto: el que señala André Gide en su *Corydon* al hacer el elogio del homosexualismo. No olvida el escritor galar-donado con el Premio Nobel de 1947 a los ejemplares de la co-fradía que se colectan pródigamente entre las sociedades milita-rizadas, a cuya cabeza destacan los espartanos. ¿Inversión y mi-litarización en razón directa? ¿No es para escandalizar al trova-dor de Raza Chilena?

Por lo demás, si se acepta esta fisonomía, por así decirlo sexual de una determinada sociedad, es conveniente de un lado recono-cer que se encuentra sujeta a evolución constante y de otro que es oportuno averiguar de qué matriarcado o patriarcado se trata en cada ocasión. De tal suerte, el país que fue ayer matriarcal pue-de que sea patriarcal ahora, y la inversa, como asimismo habrá patriarcados superiores a otros, según el determinismo plural de las circunstancias. Y como si esto fuera poco, ha de admitirse que, contribuyendo los progenitores con equivalencia de genes, la he-rencia matriarcal o patriarcal sería de origen social y no fisioló-gica.

¿Se nos permitirá entre las menores observaciones que en papel de ensayista o colega formuláramos a nuestro compatriota la de no haberse dado cumplida cuenta de fenómeno tan contun-dente por hallarse obsedido de un espíritu de sistema que todo lo sacrifica a la comezón de su godofilia o germanofilia?

Ni es fácil participar del criterio adverso con que enfoca la costumbre de la "cuvada". Difieren las interpretaciones de Pala-cios y Ramón Pérez de Ayala. El asturiano hace que su héroe Tigre Juan (en oposición al gallina o pobrepollo don Juan de la leyenda representado en la obra por el antagonista displásico eu-

APUNTE CRITICO

143

nucoide de Vespasiano, de saledizas posaderas) experimente los dolores del parto de su mujer, con que le saca lustre a la varonía.

¿Ni repara el campeón del patriarcalismo en el culto a la mujer del "godo" Cervantes? La apoteosis de lo que pudiéramos llamar patriarcalismo matriarcal es el Quijote. La obra que el Manco atribuye con ironía a un árabe, coloca al héroe bajo el señorío del más espiritual y platónico de los imperios, que le sorbe las potencias o se las pone en acción alternativamente. Como Calixto afirma que Melibeo es y en Melibea cree y por ella vive, el Caballero de la Triste Figura es Dulcineo y todo lo demás: He ahí a nuestro juicio otro símbolo del genio: la exaltación de la mujer como fuente inspiradora del hombre de occidente, la mujer dignificada y sustraída del harem o serrallo para darle vigor, unidad y sentido a la vida del varón.

Esta matriarcalización voluntaria que tiene como su soldado al varón de occidente es lo que nos sugiere la inmensa novela de caballería con su disparatada nobleza y su estética escandalosa o irracional, y es la fuente en que bebe el hidalgo su recato erótico.

No puede aceptarse a fardo cerrado y a redopelo la inconveniencia del influjo femenino en la vida privada o la política.

Por otra parte, es inevitable: ¡cuando la virilidad es rotunda se apoya en la femineidad, que la polariza y le da sentido, y cuando no lo es, participa de sus caracteres, de manera que no le hace falta la sustancia aparente

Si Pericles tuvo su Agripina, su Josefina Napoleón y su Inés de Suárez el "godo" Valdivia, en los tan celebrados patriarcales norteamericanos de don Nicolás encontramos los más obsecuentes admiradores y servidores del bello sexo, a cuyo gusto se supeditan en el diseño y volumen de la moda hasta en los automóviles y el resto de las expresiones del confort y en cuyo elogio infatigable prosperan el machismo y el idealismo de las películas de cowboy hasta la cursilería caballeresca de la novela rosa.

Sin necesidad que nos ande trayendo al retortero, debemos reconocer en la atmósfera de toda civilización que merezca ese nombre una ponderación más o menos grave de la hembra. Por sí o por no, a tuerto o a derecho, siempre se la sirve y en su delicado puño sustenta con mayor o menor eficacia al hogar, ya sea pareciéndolo de modo directo insolente —y entonces se habla de

matriarcado— o haciéndolo de modo indirecto y silente, y entonces "creemos" en un patriarcado. Pero el que es sabio reconocerá con el iluminado genio de Efeso que "todo es uno y lo mismo". En lenguaje de "rotos" para satisfacer a don Nicolás, cuando ellas no pelean, acarrean las piedras, y es mejor entregarse a la buena. O con irónica expresión, también de extracción plebeya, que se ríe de la ilusión de poder fingida por la vanidad masculina: "cada mujer tiene su tonto que la manda...".

Lo cual han averiguado los expertos franceses. "Cherchez la femme" dicen para descubrir al autor de alguna fechoría. Ensan- chando la brecha "buscad a la mujer en la conducta varonil toda" nos permitimos proclamar a pie enjuto.

Salvo en los casos anormales de pariómanas o mujeres atacadas de vagabundaje, las madres aprendieron en el parto y la necesidad de previsión el amor del suelo y la permanencia; en una palabra del bien denominado hogar, base de la patria, que con mayores propiedad y honradez deberíamos llamar "matria".

La formidable tribu de escandinavia que logró sojuzgar a los mismos romanos, ha influido bastante más de lo supuesto en nuestra lengua, según su admirador incondicional, que no descansa hasta fabricar una etimología goda inspiradora del vocablo de más encomiable contenido: hidalgo, desdeñoso o desconociendo la definición de don Alfonso el Sabio y el alcance de don Quijote.

El primero dice que hidalgo es igual a "hijo de bien" (Partida II, Título 21, Ley 11), mientras el que lo es egregio asegura con no menor propiedad que es el "hijo de sus obras".

En el estudio sobre "El hidalgo y el honor" se recuerda por García Valdebacas que la expresión tiene su equivalente en "hombre esencial" y así se lee: "era ome esencial que no curaba de apariencias". Amén de estimaciones acerca de la compostura, la discreción y comedimientos anejos a la hidalguía, el aludido autor refuerza la opinión de don Alonso Q. el Bueno, y así certifica que la nobleza se gana con obras y, mejor aún, con sólo el intento de realizarlas. Piensa, pues, como hidalgo el creador de La Araucana cuando afirma: "La gloria consiste no en tenerla, sino en sólo alcanzar a merecerla".

Y de hidalgo, noble o godo lo reputa don Nicolás Palacios, que asigna la histórica nacionalidad cada vez que alguien se la me-

## APUNTE CRITICO

145

rece en su inapelable opinión, aunque sea vasco y no la necesite, por tanto, en absoluto.

Las rectificaciones a la extensión de Chile pesan y sin duda sirven de antecedentes a las que en forma más completa formula Encina en "Nuestra inferioridad Económica".

¿Valdrá la pena recordar que el germanófilo y aún pangermanista criollo es uno de los precursores del nazismo con la doctrina del "espacio vital", la natural necesidad de la guerra y la superioridad aria concretada en los godos que gustoso trueca por sus parientes alemanes y anglosajones? De ahí que propicie una órbita en que gravite la fuerza norteamericana, que es como quien dice de la familia, puesto que en consonancia con su dictamen somos araucanos--- góticos, rotos o simples chilenos.

El racismo lo hace enemigo del socialismo y el comunismo. Cuando se espera como solución a los desmanes e incapacidades de la oligarquía la única posible, la de una economía planificada y la propiedad colectiva de los medios de producción, nos espeta sus metafísicas y aún místicas doctrinas de la selección y pureza raciales con los corolarios de sus matriarcados y patriarcados.

Los niños tienen un juego aleccionador, "el tugar, tugar, salir a buscar". Esconden un pañuelo y cuando alguno de los buscadores se aproxima le gritan, según las circunstancias "frío, frío, como el agua del río" o bien "caliente, caliente como el agua ardiente". Así pasa con don Nicolás. Está a veces como quien dice en la quemada, presto a dar en el clavo y... se pega en los dedos. ¡Cuán dolorosamente nos repercute el golpe!

¡Lástima de esfuerzo y de talento perdidos! ¡Lástima de hidalguía intelectual dilapidada!

Raza Chilena, es el libro típico de la sobrecompensación que sigue a un complejo de inferioridad, decidiría un psiconalista. En lenguaje vulgar se llama "derecho a pataleo", cuyo ejercicio se explica por la impotencia de su autor y sus defendidos colonos. Con toda la razón a cuestas, con toda la moral y la dignidad nacionales compatriotas, con la santa justicia de la indignación que estalla en el labio y la pluma, pierden una causa inconcebible para un mundo civilizado: la lucha de la tierra en que los nacionales son despojados por el propio gobierno en beneficio de los extranjeros...



¿Cómo justificarlo? ¿Con qué cara se presentarán no sólo ante los demás, sino ante ellos mismos?

En la obra se sienta como axioma, por lo apriorístico y necesario, que la "raza chilena" es una sola: ergo, las clases dirigentes son también "rotos". Pero son rotos descartados, malos rotos que no quieren a los buenos.

Por eso los esquilman, los hambread, los apalean, los echan.

¿Cuál es la respuesta del escritor y patriota, ex combatiente de la Guerra del Pacífico y defensor sin claudicaciones de la moral senquista y aún puritana y de la virilidad corajuda a todo vapor y riesgo?

¡Una obra en que se elogia al pueblo paciente y resignado que tiene el mejor de los ancestros posibles, un pueblo que no padece otras taras que las de sus gobernantes, un pueblo que no está "enfermo" como el de Alcides Arguedas, sino tolera el cáncer de sus dirigentes, porque contradiciendo el pensamiento de Aristóteles, no se ha dado los gobiernos que merecía...!

Este libro propone una solución. Aunque su autor se recluta entre los que tienen ideas democráticas, se halla muy lejos de estimar que el socialismo es la concreción de ellas en el campo de la economía, insinúa, entonces, que se regeneren los hombres de gobierno asumiendo las responsabilidades penales que cualesquiera hijos de vecinos. Fuera de pedir que las gentes de la administración pública no sean tan ladrones, campea "por una mayor selección para manejar la riqueza".

De subdivisión de la propiedad, de reforma agraria, de planificación económica, nada.

Redondamente, nada.

Sugiere el apoyo de alguna celebridad patria, se muerde los puños y... se dobla de impotencia, aunque con valor señala la corrupción de los poderosos.

Si estuviéramos a tan flacos resultados en pro de los infelices colonos, Raza Chilena sería una requisitoria falta de perspectivas y de ningún modo fuera la que aún hoy merece celebrarse sin la manga ancha de algunos entusiastas, es cierto, pero tampoco con las restricciones absolutas que unos cuantos inflexibles decretan a su evidente significación.

No pesa el libro en la balanza de la acción inmediata, positiva. Palacios es de la misma estirpe espiritual de Lastarria, la qui-jotesca, la idealista. No es hombre de hechos, como Portales, o Pérez Rosales, sino fundador de actitudes desinteresadas y generosas. Es eminentemente soñador intelectual y no político. ¡Aunque le pese, es uno de esos "adornos de bancos y lengua sin brazos" de la cultura que impugnaron sus godos cuando no alcanzaban a comprenderla...!

¿Requeriremos la justificación de lo afirmado con ejemplos concretos una vez más?

El parentesco con Lastarria ofrece el evidente peligro para el lector que nos entusiasme demasiado, por lo que preferimos instarlo a que él propio lo verifique sobre la base del prurito abstracto y esquematizador característico de los forjadores de sistema: Lastarria con su liberalismo "positivista" (¿) en que las optimistas abstracciones preceden y presiden a los hechos; Palacios con su nacionalismo racista en que los hechos se ven precedidos por las abstracciones todavía más optimistas.

El esquema doctrinario de Raza Chilena pudiera dibujarse más o menos así: de ciertos postulados biológicos, se deducen otros de psicología étnica; de éstos algunos de psicología sexual y de aquí saltamos a la política o al revés. Así nacen las razas patriarcales y matriarcales, casi inmutables cuando al autor le conviene y mudables cuando no, puras o mezcladas, en armonía con el hecho o la letra que se propone mostrar o demostrar, etc., etc.

En cuanto al divorcio con Portales, es quizá más radical que el parentesco con Lastarria. Bastaría contraponer lo que piensan sobre la doctrina Monroe para inclinarse al golpe ante el genio político o de realidades de Portales, y luego, con el mayor respeto y cariño por don Nicolás, desechar el recuerdo de su ingenuidad cuando quema incienso a los norteamericanos, con los cuales estaríamos unidos como "hermanos siameses".

¿Evocaremos la Carta celeberrima escrita desde Lima en Marzo de 1822 a su socio José M. Cea? A ochenta y dos años de distancia, Portales tiene la visión precisa y profunda de los hechos que le es habitual y donde Palacios no ve sino un expediente que contribuye a facilitar sus teorías raciales, el templador de la Re-

pública delata la existencia de un nuevo caballo de Troya en los sagaces artilugios del imperialismo yanqui: "Aunque no he hablado con nadie sobre este particular, voy a darle mi opinión. El Presidente de Norteamérica, Mr. Monroe, ha dicho "se reconoce que la América es para éstos" ¡Cuidado con salir de una denominación para caer en otra". Hay que desconfiar de esos señores que muy bien aprueban la obra de nuestros campeones de liberación sin habernos ayudado en nada: he aquí la causa de mi temor. ¿Por qué ese afán de Estados Unidos en acreditar Ministros, delegados y en reconocer la independencia de América sin molestarse ellos en nada? ¡Vaya un sistema curioso, mi amigo! Yo creo que todo esto obedece a un plan combinado; y ese sería así: hacer la conquista de América, no por las armas sino por la influencia en toda esfera. Esto sucederá, tal vez hoy no, pero mañana sí. No conviene dejarse halagar por estos dulces que los niños suelen comer con gusto, sin cuidarse de un envenenamiento". Pero ¿cómo pudiera admirarnos la ventaja que le lleva a nuestro utopista, si a 138 años aún la exhibe sobre gran número de políticos actuales?

Hay que leerse con provecho Nosotros, los de las Américas para tener visión aguda y difícil de discutir acerca de los reiterados casos del Panamericanismo a cuya cabeza estaría para nuestro compatriota Carlos Dávila, que opina apenas hace once años, la doble incapacidad norteamericana de constituir un auténtico bloque continental a estilo de los Eurafricano y Eurasiático y una política internacional vertebrada y positiva al servicio de ese mismo bloque o integración de esencia económica.

Mientras el Panamericanismo aprueba su famoso decálogo noísta, obtiene como único tratado que ratifican las 21 repúblicas americanas el Código de Sanidad en 1924 y sólo en nuestros días se funda el Banco Interamericano de Desarrollo.

Pero ¿qué importan las manifestaciones anglosajonófilas hacia E. E. U. U., a pesar de que apenas la tercera parte tan sólo tendría el ilustre origen que de hoz y coz le endereza don Nicolás, para quien tampoco otra de las dos terecras partes restantes por lo menos disfrutarían de la miseria que cacarean e impugnan Las Uvas de la Ira y El Camino del Tabaco?

## APUNTE CRITICO

149

Lo que impresiona más en nuestro apasionado es la coincidencia tajante con Carlos Dávila, a medio siglo de historia pasada: ambos atribuyen a los malos políticos la causa fundamental del atraso hispanoamericano.

Vuelven a discrepar sin embargo, como otrora con Pérez Rosales, en lo que se refiere a la conveniencia de una política inmigratoria, para reencontrarse en la ventaja de colonizar con nacionales y favorecer en el plano de la economía un proteccionismo circunstancias indispensable que nos depare mayoría como verdadero estado independiente.

### Resumamos:

El libro de don Nicolás Palacios es una poesía de la chilenidad, con exageraciones, limitaciones y omisiones que le restan mérito: la adhesión sin reserva a los pueblos anglosajones, paralela al desprecio muy poco responsable y en extremo injusto de los latinos, y el olvido censurable de la situación desmedrada en que se ha mantenido (y por desgracia se sigue manteniendo) a los araucanos, son las primeras. No reivindica a estos últimos como pueblo esquilado y envilecido, con ser ellos, los verdaderos hombres de la tierra (mapuches) y sus naturales dueños, los más perjudicados por su usurpación que se extiende además a la falta de justicia y de cultura hasta los grados más elementales. La admiración y la exaltación de los araucanos en la primera parte del libro, no parece entonces sino marco retórico, que se desecha más tarde con el objeto de destacar el retrato, aparentemente de roto, y en rigor ceñido, de lo que se intenta presentar como imagen del "godo" en su patriarcal excelencia.

Muy objetables aparecen en seguida sus caprichosas al tiempo que habitualmente erróneas ideas sobre inmigración y antisocialismo, suscitadas por un patriotismo romántico y hasta medieval en que se alían el culto a la milicia y los fueros aristocráticos con el amor del pueblo. ¿No se perciben en la mescolanza cierto nazismo larvado ni se sospechan acaso los ulteriores excesos de la doctrina que culminó con el genocidio en la última guerra?



La pertinacia en pulsar una sola cuerda con el carácter de definitiva en la explicación de problemas sociales, como asimismo la improvisación y la simplicidad que se adivinan al tranco en muchos de sus planteamientos y desaliñadas exposiciones nos anticipan a la mayor parte de los ensayistas chilenos que han de continuar hasta el día en la ruta de don Nicolás. Tales émulos y continuadores directos o indirectos en medio siglo nos vienen desde Valdés Cange y Francisco Encina hasta Cabero, Alberto Edwards, Subercaseaux y Carlos Dávila.

Confesemos que no llegan a ser evocados a humo de pajas: tres de ellos padecen el evidente cuño de los pensadores alemanes que preparan el nazismo, con Nietzsche y Spengler a la cabeza; de los restantes, uno es ecléctico, y los otros dos anglosajonófilos. En suma, expresan el movimiento pendular del afecto hispanoamericano, que después de 1870 abandona a Francia para remansarse en Alemania, primero, e Inglaterra y Estados Unidos hasta el instante actual, en que apunta el apogeo de Rusia.

¿Se habrá echado en saco roto aquello de la moral hidalga, según lo cual reside la gloria en el esfuerzo y no en el fruto?

Mientras Ortega y Gasset con su traje de luces retóricas se encuentra cegado para apreciar la consecuencia sustantiva de su pueblo y aún de espaldas a la hispanidad proclama invertida a España, con diapasón varonil y uña dura irrumpe don Nicolás para exaltar y hasta inventar nuestras ejecutorias.

Su mensaje es medularmente estimativo-poético, asimilable al que se desprende en la Gesta de La Araucana, en las Memorias de El Cautiverio Feliz y Recuerdos del Pasado y en la Novela de Durante la Reconquista.

¿Cómo condecorarlo por su optimismo constructivo? ¿Cómo agradecerle el mito con que continúa a Ercilla? ¿Cómo celebrar su certera fe, corroborada por la auténtica grandeza del pueblo chileno en esta prolongada agonía hispanoamericana que se debate entre tantos determinismos adversos, sin exceptuar el geográfico ni el exterior político imperialista?

A la exigua lista de tres o cuatro chilenos con relativa gloria estampada al final de su libro, don Nicolás tendrá hoy que agregar

docenas con fama indiscutida, apenas al cabo de cincuenta años, sin olvidar por cierto a un Premio Nobel, Gabriela, ni al que muchos estimamos el más importante poeta actual de la tierra, Pablo Neruda, nacido el año 1904, en que Raza Chilena aparece...

¿No hubiera sido tal noticia el mejor espaldarazo para su autor? Así creemos. Y como al "Maltincampo" reverenciado por los indígenas de Francisco Núñez de Pineda y Bascuñán, lo evocamos con la frase única en que puede moldearse el oro de su figura limpia y firme: "viejo de epopeya"...